

EMILIO DEL RÍO

CALAMARES A LA ROMANA




ESPASA

**Somos romanos,
aunque no nos demos cuenta**

EMILIO DEL RÍO

CALAMARES A LA ROMANA

SOMOS ROMANOS,
AUNQUE NO NOS DEMOS CUENTA



© Emilio del Río, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de cubierta: Nines Mínguez
Imágenes del interior: AESA, © Oronoz, Album, The Granger Collection/AGE, © Akg-images
Iconografía: Grupo Planeta

Preimpresión: Safekat, S. L.

ISBN: 978-84-670-5917-5
Depósito legal: B. 5.874-2020

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España / *Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN. CALAMARES A LA ROMANA	11
ESTA VIDA ES UN REGALO	15
DESAYUNO CON DIAMANTES	23
HAS SIDO TÚ, TE CREES QUE NO TE HE VISTO	31
DESDE EL JACUZZI	39
ENAMORADO DE LA MODA JUVENIL	55
ME QUEDO CONTIGO	67
PONTE LA PELUCA YA	75
A QUIÉN LE IMPORTA	85
<i>HOOLIGANS</i>	95
AQUÍ NO HAY QUIEN VIVA	103
LA REPÚBLICA INDEPENDIENTE DE MI CASA	115
ABBAY ROAD	121
EN TU FIESTA ME COLÉ	125
QUE TE DEN	133
MADRID CENTRAL	139
AQUÍ NO HAY PLAYA	145
CUÑADISMO	151
EL COLOSO EN LLAMAS	155
RELOJ, NO MARQUES LAS HORAS	159
SOLOS EN LA MADRUGADA	165

AL CALOR DEL AMOR EN UN BAR	169
SOMBRA AQUÍ, SOMBRA ALLÁ	177
¿QUÉ HACE UNA CHICA COMO TÚ EN UN SITIO COMO ESTE?	185
PIRATAS DEL CARIBE	195
LOS PRIMEROS <i>HIPSTERS</i>	201
HOY NO ME PUEDO LEVANTAR	207
LA ARRUGA ES BELLA	213
¡TE HUELE EL ALIENTO!	221
ME PASO EL DÍA BAILANDO	231
EN LA CUERDA FLOJA	239

ESTA VIDA ES UN REGALO

El *Adeste fideles*, compuesto en el siglo XVII (ocho siglos después de que ya se no hablara latín) es uno de los villancicos más conocidos y cantados en Navidad:

*Adeste fideles, laeti, triumphantes,
venite, venite in Bethlenem.
Natum, videte, regem angelorum.
Venite adoremus,
venite adoremus,
venite adoremus Dominum.*

(Acudid fieles, alegres, triunfantes, / venid, venid a Belén. / Ved al nacido, rey de los ángeles. / Venid, adoremos, / venid, adoremos al Señor).

Los primeros villancicos se compusieron en latín, como una forma de evangelizar a los que vivían en las zonas rurales (*villas*, de ahí *villancicos*), así que el *Adeste fideles* no hace sino volver a los orígenes de los villancicos en latín.

No solo cantamos villancicos por Navidad, en diciembre, sino que también nos hacemos regalos como se hacían los romanos ese mismo mes. Diciembre era uno de los meses favoritos de los romanos. En él tenían lugar las *saturnalia*,

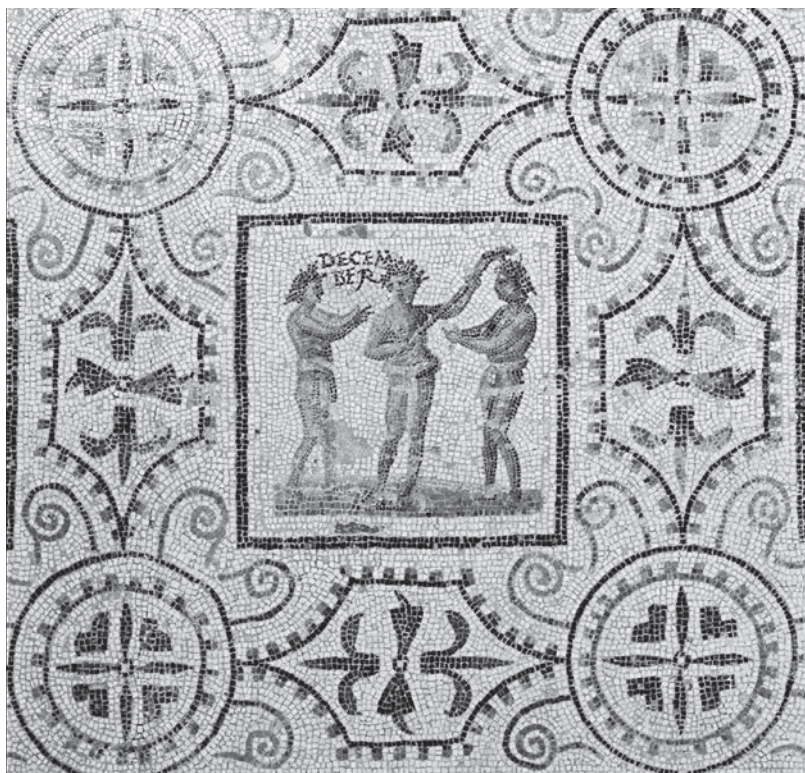
unas fiestas dedicadas al dios Saturno que, para que nos hagamos una idea, eran como una mezcla entre Navidades y nuestros carnavales. En un principio comenzaron a celebrarse del 17 de diciembre, más tarde del 17 al 19 y, ante la popularidad que fueron alcanzando los festejos, su duración se amplió a lo largo de los siete días siguientes, hasta el 23 de diciembre, marcando el final del año. Nosotros celebramos nuestras fiestas de diciembre en familia y con muchos dulces, dándonos atracones en la mesa —ellos en el triclinio—, igual que hacían en las Saturnales.

A los romanos les encantaban los dulces y no había festividad, pública o privada, en la que no estuvieran presentes, y en abundancia. El autor del más famoso manual de cocina romano es Apicio, Marco Gavio Apicio, del siglo I (contemporáneo de Augusto y Tiberio), que escribió *De re coquinária*, donde da un montón de recetas muy apreciadas por sus golosos contemporáneos. Entre otras, por ejemplo, las de unos hojaldres que rellenaban con uvas pasas, nueces y miel, o con piñones y almendras tostadas.

Uno de los dulces navideños que no faltan hoy en nuestras mesas es el turrón. Y, aunque hay de mil tipos, el turrón por excelencia es el de almendras. Pues bien, Hispania era un gran suministrador de almendras en el mundo clásico, lo que es justicia poética, porque el almendro lo introdujeron los romanos en la península. Es cierto que el turrón lo extendieron los árabes, pero algo parecido ya comían los romanos.

No solo hemos tomado de los romanos la costumbre de las grandes comidas y cenas con las que despedimos el año en esas fechas, sino que también hemos heredado de ellos el postre tan típico del día de Reyes, el roscón.

El roscón de Reyes es, efectivamente, un invento de la Roma clásica: llevamos comiendo roscón por estas fechas dos mil quinientos años. ¿Y eso? Resulta que durante las



Representación del mes de diciembre con la fiesta de las *saturnalia*. Mosaico de la Casa de los Meses en Thysdrus (Túnez). Siglo III a. C.

saturnales se consumía una torta dulce con forma redonda, elaborada a base de miel, en la que se introducían frutos secos, dátiles e higos. Una torta redonda, como una rueda, como el sol, para celebrar que los días empezaban a ser más largos. Dentro se metía un haba, que en el mundo romano era un símbolo de fertilidad y prosperidad, y al que la encontraba se le auguraba un año entero de buena suerte.

Así se mantuvo durante siglos, como cuenta Caro Baroja; de hecho, al que le tocaba se le llamaba el «rey del haba», como algo muy positivo. Con el tiempo se metió una moneda, luego una figurita de cerámica, que eran el premio bueno, y se dejó el haba, de poco valor frente a los anteriores,

como lo opuesto al premio, así que al que le tocaba pagaba el postre y pasaba a ser el «tonto del haba» (de ahí viene lo de *tontolaba*).

El último día de las Saturnales tenían lugar las *sigillaria*, una celebración en la que se intercambiaban regalos con familiares y amigos próximos. La tradición de los regalos de Reyes Magos nos viene también del mundo romano.

Era costumbre acompañar los regalos con un pequeño mensaje, unos versos, a modo de dedicatoria. Estos poemillas dísticos (formados por dos versos) daban aún más valor al regalo. Y, como no era fácil escribir uno de estos poemas —¡y solo eran dos versos!—, los encargaban. Nuestro paisano Marcial (era de Calatayud) tiene dos libros en los que recopiló estos poemas. Ambos, por cierto, se titulan en griego: *Xenia* ('Hospitalidad') y *Apophoreta* ('Regalos para llevar'); este último título hace referencia a una costumbre extendida entre los romanos de cierta clase social y es que, en las cenas, los anfitriones sorteaban regalos entre sus invitados que iban acompañados de su correspondiente dedicatoria. Gracias a estos poemillas, escritos con el enorme ingenio y el humor socarrón de Marcial, sabemos qué regalos se hacían entre sí los romanos.

¿Y cuáles eran? Pues les gustaba obsequiar a sus amigos con pequeñas *delicatessen* (especialmente dulces), y sobre todo, mucho vino. De hecho, uno de los dos libros podría decirse que es casi una «guía de vinos» del mundo romano. También se regalaban objetos de tocador —peines, rizadores, adornos para el pelo—, utensilios de cocina y menaje; y prendas de vestir, como togas, capas o pieles; también ropa de cama o para el hogar; cuadros, libros —sobre todo de Homero y Virgilio, que eran los *best-sellers* de la época, aunque también de autores como Salustio o Cicerón— y... ¡muchos productos cosméticos y perfumes! Vamos, que

quitando los artículos propios de la tecnología de nuestros días —tabletas, móviles y ordenadores—, seguimos regalando las mismas cosas.

Estos son algunos de los regalos para los que Marcial compuso poemas de dedicatoria:

Un vino de Tarragona:

Tarragona, que solo cederá ante los vinos de Campania, produjo este vino que rivaliza con las ánforas de Etruria.

Un perfume:

No dejes a tu heredero ni perfumes, ni vino. A él déjale el dinero, todo lo demás empléalo en ti.

Unas tablillas de marfil (usadas como soporte para escribir):

Para que las tristes ceras no fatiguen los ojos cansados, las letras negras se han de trazar sobre el níveo marfil.

Unos cofrecillos, también de marfil:

Este cofrecito solo debe llenarse con monedas de oro; que la plata la guarde una caja de madera ordinaria.

Otros cofrecitos, estos de madera:

Si todavía queda algo en el fondo de mi cajita, será un regalo. ¿No hay nada? El propio cofrecito es el regalo.

Unos estuches para guardar los estiletes (con los que escribían los romanos, un equivalente de nuestras estilográficas):

Tuyos serán estos estuches para los estiletes provistos de su acero; si los das a un niño, serán un buen regalo.

Una aguja de oro para recogerse el pelo:

Para que los cabellos impregnados en perfumes no manchen los vestidos de seda brillante, esta aguja fijará y sostendrá los bucles.

Una lámpara para la alcoba (este es precioso):

Lámpara confidente de tu gozoso lecho, aunque hagas lo que quieras, yo callaré.

Un sujetador, hecho de piel de toro (aquí se ve el sarcasmo de Marcial):

Podrás sostener tu pecho con la piel de un toro, porque la piel que tú tienes no sostiene ya tus mamas.

Unas copas con piedras incrustadas:

¡Mira cómo brilla el oro rociado con esmeraldas de Escitia! ¡Cuántos dedos ha despojado de sus piedras esta copa!

Una toga:

Hace que los romanos sean señores del mundo y es la gente togada quien ha dado la inmortalidad a su augusto padre [se refiere a Domiciano, que erigió un templo a los Flavios y ordenó que se acudiera a los espectáculos con toga].

Una bufanda:

Si con la intención de hacer alguna lectura pública te dirijo una invitación escrita, que esta bufanda abrigue tus orejas.

Un pergamino con un texto de Cicerón:

Si este pergamino te acompaña, piensa que emprendes un largo viaje con Cicerón.

Acompañando a una copia en pergamino de las *Metamorfosis* de Ovidio:

Este grueso volumen, que se ha formado para ti con diversas hojas, contiene quince libros de los poemas de Ovidio.

Una de las cosas que más vínculos construyen en las relaciones personales son los regalos, hacerlos y recibirlos. Al hacerlo y al aceptarlo estamos tejiendo un hilo de compromiso.

Nos pasamos la vida buscando el regalo ideal y lo tenemos delante de los ojos: la vida. Hay que saber disfrutar este regalo que es la vida. Como canta Ana Belén en su último disco, *Vida* (de finales de 2018), el mejor regalo es la vida:

en el fuego veloz de tu risa,
vuelve a ser esta vida
un regalo.

DESAYUNO CON DIAMANTES

Así aconseja Ovidio a las jóvenes que se arreglen: un buen vestido, un peinado elegante, perfume y joyas, ¡muchas joyas!:

Queréis cubrir vuestro cuerpo con vestiduras doradas, queréis variar la forma de peinar vuestros perfumados cabellos y queréis tener una mano que, cubierta de piedras preciosas, llame la atención; os colgáis del cuello perlas buscadas en Oriente y dos pendientes de vuestras orejas, único peso que en ellas podéis llevar.

(Arte de amar III, 125)

La historia de la humanidad es la historia de las joyas. Así lo proclaman muchos antiguos enterramientos pertenecientes a las culturas más diversas: los restos humanos aparecen acompañados de joyas. En todas las épocas, en todas las civilizaciones, en todos los territorios, los humanos han creado joyas y se han adornado con ellas. Y también, por supuesto, en el mundo romano, ¡y de qué manera! Un mundo del que proceden nuestra cultura y nuestras costumbres, nuestra manera de entender la vida y de entendernos a nosotros mismos, como demostramos en este libro.

Las joyas eran una parte esencial, como decimos, de la vida diaria de los romanos. Las había útiles, como los broches para la ropa o las agujas que utilizaban para sujetar el pelo o la ropa, las fíbulas, adornados unos y otras con piedras preciosas o con monedas. Y las había también puramente ornamentales: collares, pulseras, anillos y pendientes, eran de uso generalizado, corriente y diario.

Los romanos fueron, inicialmente, un pueblo de agricultores, de manera que los primeros joyeros ni siquiera eran romanos, sino etruscos, diestros con los metales, aunque con el tiempo, los metales acabaron siendo desplazados por las piedras preciosas. Los primeros romanos casi no llevaban joyas; los hombres únicamente el anillo de casados (lo contamos en «Me quedo contigo») o un anillo tipo sello para autentificar los documentos. Según Plinio, en su *Historia Natural*:

Está demostrado que en Roma los senadores empezaron muy tarde a llevar anillos de oro. La República los daba solamente a sus embajadores, sin duda porque era esta la mayor distinción entre los extranjeros. Y quienes lo habían recibido como embajadores no lo llevaban más que en público. En sus casas llevaban el de hierro. Como resto de aquella costumbre todavía es de hierro y sin gemas el anillo de boda.

Y menciona también que el primero que adornó su anillo con una piedra preciosa fue Escipión el Africano (un innovador en todo, en el pelo, en las joyas...).

Suetonio cuenta de Augusto que, para sellar los certificados, otros documentos y su propia correspondencia, utilizaba un anillo de sello, primero con la figura de una esfinge, luego con la efigie de Alejandro Magno y, por último, la

suya propia, con la que siguieron firmando, por cierto, los emperadores siguientes. Sellar con el anillo de Augusto les daba pedigrí. Suetonio menciona incluso a Dioscórides, el grabador del anillo de Augusto, que era el tallista de gemas más famoso de su época. De Dioscórides, se conservan ocho gemas por él talladas y otras muchas con su firma falsificada. Esto de las imitaciones y falsificaciones en joyas y artículos de lujo tampoco es nuevo.

De la austeridad de los primeros romanos al despliegue ornamental que terminarían mostrando sus descendientes, que pasaron a ir cargados de joyas con el paso del tiempo. Marcial critica a un tipo que lleva los dedos forrados de anillos y no se los quita ni para dormir (*Epigramas* XI, 59). En el que dedica a un poeta llamado Estela, cuyos versos compara con joyas, podemos encontrar un catálogo resumido de las gemas que los romanos utilizaban para adornarse:

A sardónices, esmeraldas, diamantes y jáspides da vueltas
en un solo dedo mi amigo Estela. Encontrarás muchas
gemas en los dedos, pero más en sus versos.

(*Epigramas* V, 11)

Juvenal critica a un tipo que se cambiaba de anillos en verano porque sus dedos no soportaban el calor que le daban los que lucía en invierno (*Sátiras* I, 27-30) y Quintiliano, por su parte, recomienda que no se lleven muchos anillos en los dedos cuando se vaya a hablar en público. En esto de la comunicación los clásicos lo dejaron ya todo inventado y, aunque no tenían televisión, le daban ya la máxima importancia, sobre todo, a la comunicación no verbal.

No hay restos romanos en los que no se hayan encontrado joyas femeninas: diademas, collares, pendientes, brazale-

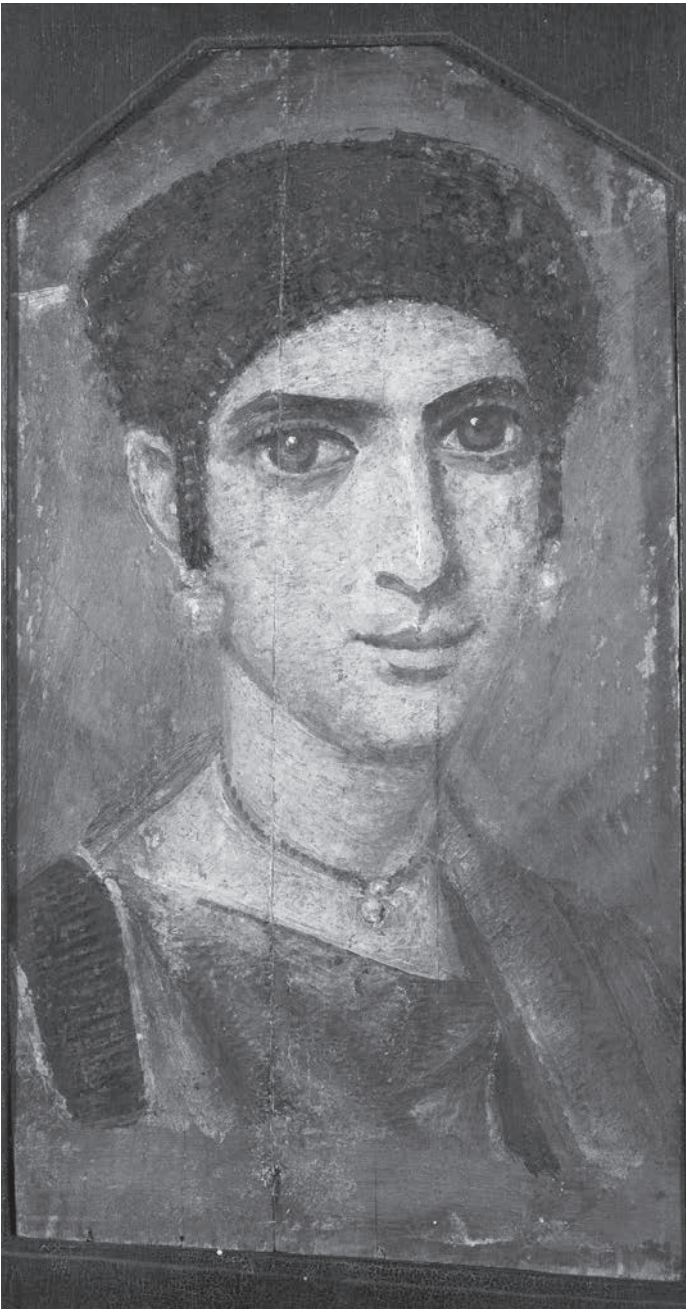
tes. Ovidio se refiere a unas jóvenes que están en una procesión y llevan «los cabellos cargados de oro y piedras preciosas», y en otro pasaje recomienda que no se llenen las orejas de pendientes. Si lo recomienda es porque se hacía lo contrario, claro. Juvenal critica a una nueva rica que lleva el cuello rodeado de esmeradas y «cuelgan de sus orejas unos grandes pendientes», para acabar sentenciando: «no hay nada más intolerable que una mujer rica».

Si algo les gustaba a los romanos, como a los griegos, eran las pulseras en forma de serpiente rodeando la muñeca. En Pompeya se encontró una extraordinaria, de oro macizo, que da tres vueltas al brazo, con los ojos de pasta vítrea. El poeta Propertio refleja esta pasión de las romanas por los brazaletes y dice que a veces no dejaban más que los codos sin joyas

Y no solo en la cabeza, en las orejas, en el cuello y en los brazos llevaban joyas. También en los tobillos, joyas que Plinio el Viejo llama *compedes*, y explica que las mujeres patricias las llevan de oro y las plebeyas de plata. Petronio, al referirse a una mujer la describe así: «llegó con una cinta verde, unos aros en los tobillos y unos elegantes zapatos dorados».

Entre los excesos que Suetonio cuenta de Calígula está la ostentación de que hacía gala su tercera esposa, Lolia Paulina, que iba, literalmente, cubierta de joyas: en la ropa, en el pelo, colgando del cuello y de las orejas, rodeando sus brazos, dedos y tobillos; todo ello por un valor estimado de «cuarenta mil sestercios». Un dineral. Aunque no había que ser la mujer del emperador: Séneca afirma que había mujeres que llevaban dos o tres fortunas en las perlas de sus pendientes.

Anillos y alfileres eran las únicas joyas que llevaban los hombres. El autor de la biografía de Adriano, incluida en la



Joven retratada con sus joyas. Necrópolis de El Fayum (Egipto). Siglo II.

Historia augusta, alaba de este emperador que usara alfileres sin pedrería, aunque era lo habitual. Marcial se refiere de forma despectiva a un tipo que lleva una diadema «propia de mujeres». De otro, al que llama «marica», le reprocha que no pare de hablar de broches y Juvenal critica a unos que se reunían en una casa para adornarse la cabeza con diademas «y llenarse el cuello de collares» (*Sátiras* II, 85).

Cuando los romanos llegaron a Egipto una de las cosas que de allí trajeron fue el gusto por las perlas (la cultura egipcia siempre deslumbró en estos aspectos a los romanos: que se lo digan a César o a Marco Antonio). De hecho, cerca del Foro de Roma llegó a haber un mercado —un centro comercial, diríamos ahora—, dedicado exclusivamente a las perlas, eso quiere decir que las compraban.

Algo típicamente romano llegó a ser el arte del camafeo, esa piedra preciosa ovalada sobre la que se labraban figuras. El camafeo vino de Oriente, sí, pero los grabadores romanos dieron a esta joya la categoría de arte. Les encantaban los camafeos, que montaban sobre anillos o como centros de broches y que, por cierto, han servido muchas veces como documentos históricos.

La Ley de las XII Tablas (siglo V a. C.), el primer código jurídico romano, que tanta importancia tuvo en ese gran invento de la humanidad que es el derecho romano, permitía que los romanos fueran enterrados con sus dientes de oro pero no que se introdujeran joyas en las tumbas, para evitar los saqueos. Los romanos no eran partidarios de los diamantes para la eternidad (así se tituló la séptima película de James Bond, *Diamonds Are Forever*, estrenada en 1971, con Sean Connery como protagonista).

Los restos humanos calcinados de Pompeya revelan historias fascinantes. Las víctimas intentaban huir del humo y de la lava del Vesubio aferradas a los objetos preciosos que

llevaban consigo, entre ellos joyas. Imagino a esa gente corriendo aterrorizada, medio asfixiada, con el cofre de joyas en la mano.

Yo, por no llevar, no llevo ni anillo de boda, y por eso me sorprende tanto ese anhelo de la condición humana por las joyas. Hay un diálogo genial sobre ello en una de las mejores películas de la historia del cine que recoge esa pasión humana. La película es *Desayuno con diamantes* (su título original es *Breakfast at Tiffany's*), estrenada en 1961, dirigida por Blake Edwards y basada en la novela del gran Truman Capote. Obtuvo el Oscar a la mejor banda sonora y a la mejor canción original, la inolvidable «Moon River», compuestas las dos por Henry Mancini (memorable la escena en la que la canta Audrey Hepburn). Hay un momento de la película en la que Holly (Audrey Hepburn) y Paul (George Peppard) tienen este diálogo:

—No quiero nada hasta que encuentre un lugar donde pueda establecerme. No sé dónde queda ese lugar, pero sé cómo es. Es como Tiffany's.

—¿Tiffany's? ¿Te refieres a la joyería?

—Así es. Tiffany's, me vuelve loca.

En la primera escena de la película vemos a una bella joven, elegantemente vestida, que baja de un taxi a primera hora de la mañana. Las calles de Nueva York están desiertas. Van apareciendo los títulos de crédito, y ella se acerca al escaparate de la joyería Tiffany's, que está cerrada, mientras mordisquea un bollo, su desayuno. El título de la película viene de esa escena, magistral, antológica, que refleja la diferencia entre la realidad y el deseo. Desayuno con diamantes.